

El poder blando estadounidense en América Latina durante la Guerra Fría

American soft power in Latin America during the Cold War

Reseña de: Rodríguez-Jiménez, Francisco; Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo y Calandra, Benedetta (eds.), *El americano imposible. Estados Unidos y América Latina: entre modernización y contrainsurgencia*, Madrid, Sílex, 2023, 289 pp.



SAMUEL LILLO ESPADA
Universidad Complutense de Madrid
samlillo@ucm.es

Los conceptos de “modernidad” y “progreso” han ocupado las agendas políticas de los Estados occidentales a lo largo del siglo XX. Uno de los factores de la expansión de estos términos se debe a su relación con el pensamiento político-económico capitalista estadounidense y la intensiva actividad desarrollada por las Administraciones americanas de difundir sus ideales y valores en su lucha con ideologías contrarias como el comunismo en la segunda mitad de la centuria pasada. La diplomacia pública estadounidense buscó alcanzar los países aliados, pero, sobre todo, aquellos en la órbita soviética y los que su posicionamiento no estaba definido. Desde la victoria castrista en Cuba en 1958, uno de los principales objetivos de los Estados Unidos fue América Latina, ya que debía evitar por todos los medios que la ideología comunista se extendiese por *American's backyard*.

Alan McPherson en su investigación *A Short History of U.S. Interventions in Latin America and the Caribbean* realizó un amplio recorrido de la política intervencionista de Estados Unidos en el continente americano desde el siglo XIX, subrayando la importancia de la Doctrina Monroe en la configuración de la actitud norteamericana frente a sus vecinos del sur. La intrusiva actividad estadounidense en la región favoreció al desarrollo de un sentimiento de rechazo y animadversión hacia el país de Abraham Lincoln que junto a la interesante alternativa castrista complicó situación geopolítica en América Latina durante la Guerra Fría. Para evitar cualquier viraje hacia las posiciones soviéticas era necesario

Recibido: 1 de julio de 2024; aceptado: 9 de septiembre de 2024; publicado: 30 de septiembre de 2024.

Revista Historia Autónoma, 25(2024), pp.614-618.

e-ISSN: 2254-8726.



difundir los valores americanos y guiar a los diferentes países hispanoamericanos a la senda del “progreso” económico, social e industrial.

Nicholas J. Cull en *The Cold War and the United States Information Agency* profundizó en la labor de esta agencia desde sus orígenes hasta su desaparición, debido a su rol en la diplomacia pública estadounidense como coordinador de la lucha ideológica contra el comunismo. Esto creó lo que ha sido denominado Guerra Fría cultural, en la que ambas superpotencias se esforzaron por alcanzar a todos los países a través de la cooperación educativa, científica y cultural para vincularlos a su causa. Estados Unidos desarrolló una amplia actividad en Hispanoamérica como muestran Benedetta Calandra y Marina Franco en su libro *La guerra fría cultural en América Latina* a través de proyectos e iniciativas directas e indirectas ejecutadas por las diferentes administraciones estadounidenses. Uno de los grandes programas desarrolladas en esta región fue Alianza para el Progreso (*Alliance for Progress*) cuyo objetivo era el desarrollo económico, político y social de América Latina para evitar la influencia soviética en la zona y lograr reformas liberales que “modernicen” los diferentes sistemas latinos hacia el modelo estadounidenses.

Este programa tenía como meta alcanzar todas las naciones hispanoamericanas, pero la eficacia, la influencia y las consecuencias dependieron en primer lugar del gobierno estadounidense y en segundo lugar del contexto político, económico y social de cada país. Debido a la variedad de situaciones, la Alianza para el Progreso y su aplicación regional ha dado lugar a una extensa literatura sobre diferentes aspectos del programa y sus consecuencias en cada nación. Partiendo del trabajo de Jeffrey Taffet titulado *Foreign Aid as Foreign Policy*, en el que analiza el programa desde una perspectiva estadounidense y su aplicación en varios países como Brasil, Chile y República Dominicana —resaltando tanto sus éxitos como sus fracasos—, numerosos investigadores han realizado valoraciones similares sobre una única región.

Aunque los estudios de caso son abundantes, las aproximaciones descuidan elementos que influyen en los programas culturales estadounidenses en la América Latina. Ampliando los enfoques de trabajo, examinando nuevos casos de estudio y aplicando metodología de análisis diferentes que permitan comprender la variedad de piezas que intervinieron en la ejecución de los programas culturales —más allá de los limitados éxitos y fracasos—, Francisco Rodríguez-Jiménez, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Benedetta Calandra editan un libro que pretende abordar las reacciones y las consecuencias en diferentes países y regiones latinoamericanas de las políticas estadounidenses de “modernidad”, principalmente del programa estadounidense Alianza para el Progreso.

El punto de partida de este libro es el programa elaborado durante la Administración Kennedy Alianza para el Progreso (pp. 31-66). Lorenzo Delgado analiza los orígenes de los proyectos durante la Administración Eisenhower bajo las tesis sobre las etapas del crecimiento de la economía de Walt Whitman Rostow. El autor profundiza en la consolidación del proyecto

en la etapa de John F. Kennedy, subrayando los objetivos, la ejecución, las deficiencias y las contradicciones del programa, hasta su desfiguración hacia acciones contrainsurgentes durante las presidencias de Johnson y Nixon. A través de una amplia consulta historiográfica y una revisión de fuentes primarias americanas el autor puede concluir que ni el objetivo de persuadir y atraer —*soft power*— ni el de modernizar fueron alcanzados con el proyecto norteamericano.

Establecido un marco sobre la acción de Estados Unidos, el libro se podría dividir en tres secciones: una primera enfocada a estudios nacionales, aplicando distintas aproximaciones a la relación del programa americano y su desarrollo regional, una segunda parte que incluye aproximaciones sectoriales sobre las consecuencias del programa Alianza para el Progreso desde una perspectiva interamericana y, finalmente, un tercer apartado que analiza la inserción de las ideas estadounidenses de modernidad y progreso en las relaciones de diferentes naciones latinoamericanas con países europeos.

Un punto esencial en el programa americano era alcanzar el desarrollo económico de las naciones del *Global South*. Para lograr esto, era necesario no sólo el apoyo financiero, sino también desarrollar una cúpula local de intelectuales y académicos que promoviesen las medidas para alcanzar la modernización del país, es decir, invertir en capital humano. En este eje se desarrollaron numerosos programas de cooperación entre instituciones académicas y de investigación que favoreció el intercambio de especialistas. María Rosaria Stabili analiza el caso chileno situando en el centro de su investigación a los académicos que conformaron los Chicago Boys fruto de los convenios entre la Pontificia Universidad Católica de Chile y la Universidad de Chicago (pp. 67-98). El estudio sitúa a la sociedad chilena como sujeto activo en los proyectos con Estados Unidos; los economistas que aprovecharon estos contactos desempeñaron un papel relevante durante la dictadura de Augusto Pinochet.

Un elemento constante que se subraya en las investigaciones es la mayor aceptación de los postulados del programa Alianza para el Progreso en los países con regímenes dictatoriales. Rafael Ioris aborda los contactos entre Brasil y Estados Unidos subrayando como la visión idílica de la economía americana se convirtió en un referente durante la dictadura militar, siendo rechazo en durante los regímenes democráticos anteriores (pp. 133-162). El sistema autoritario brasileño aplicó los proyectos estadounidenses para la modernización del país, convirtiéndose en un actor clave para el despliegue norteamericano en América Latina. Aunque las dictaduras favorecen a la homogeneidad ante cuestiones controvertidas, siempre aparecen voces discordantes independientemente del régimen político. Francesco Davide analiza la influencia del proyecto estadounidense en los programas políticos argentinos y su instrumentalización para deslegitimizar a los adversarios (pp. 99-132). El autor pone de manifiesto que los asuntos internacionales influyeron en el devenir político interno en Argentina, principalmente en el aumento de la polarización política y social en los años sesenta.

La siguiente sección comienza con el trabajo de Jeff Schurhke que analiza la actividad desarrollada desde el Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre, una organización dependiente del American Federation of Labor - Congress of Industrial Organization (pp. 163-198). Esta institución promovió una agenda política anticomunista enmarcada en una retórica de modernismo y sindicalismo democrático para intervenir en regiones latinoamericanas. El autor estudia el caso de El Salvador y los intentos de formar a líderes campesinos para crear un movimiento sindical de corte conservador alejándolo de las tendencias comunistas. Este trabajo subraya el destacado papel del sector primario en las economías latinoamericanas, por lo que una parte esencial del programa Alianza para el Progreso se destinó a la modernización de esta área.

Elisa Botella-Rodríguez y Ángel Luis González-Esteban estudian los elementos del programa estadounidense en torno a la reforma agraria en busca de cambiar la situación de reparto de la tierra, el atraso técnico y la baja productividad de América Latina (pp.199-232). Los autores realizan un estudio comparativo empleando datos cuantitativos de distintos países asiáticos y latinoamericanos para valorar qué factores políticos, económicos y sociales determinaron el éxito de los proyectos desarrollados en Asia y el fracaso de los de América Latina, subrayando la excepcionalidad de la Cuba castrista.

Aunque la iniciativa del progreso de las naciones latinoamericanas tuvo su adalid en Estados Unidos, las relaciones con diferentes países europeos introdujeron perspectivas y elementos a la idea de modernidad en América Latina. María Celina Fares analiza el caso de la Universidad de Cuyo en Mendoza para comprender cómo se insertó la idea de hispanismo con las claves de modernismo estadounidense (pp. 233-260). Las redes intelectuales y académicas con España fueron fundamentales para desplazar la visión franquista de la modernidad como parte de la propia tradición y del hispanismo cultural. Siguiendo esta perspectiva de los contactos de países latinoamericanos con europeos, François Siry estudia la cooperación científica de Méjico y Francia en el contexto de la Guerra Fría (pp. 261-289). El autor subraya los intereses de ambas naciones en consolidar los proyectos culturales, destacando la búsqueda de la modernidad por la parte mejicana para consolidar su rol en el continente y alejarse de la influencia americana.

Si bien es cierto que el programa Alianza para el Progreso —así como las diferentes acciones desarrolladas por los gobiernos estadounidenses para influir en la política y la sociedad de América Latina— han sido objeto de numerosas investigaciones, el trabajo editado por Francisco Rodríguez-Jiménez, Lorenzo Delgado y Benedetta Calandra busca superar la valoración éxito-fracaso. El estudio supone una aportación diferente y sobresaliente a la historiografía sobre la política exterior americana y su influencia exterior en el devenir político de diferentes países latinoamericanos.

Los enfoques aplicados en los diferentes capítulos permiten introducir una nueva perspectiva al debate sobre la “modernización” en los proyectos americanos. Además, la

ruptura de la tendencia clásica de los estudios bilaterales, aplicando la reciprocidad de los programas americanos, la injerencia de otros Estados, o la influencia en grupos políticos y sociales, introducen unas nuevas aproximaciones a áreas ya conocidas. Las aportaciones no sólo suponen un avance en el estudio de la diplomacia pública americana, también en el desarrollo político-social en los diferentes países latinoamericanos. Las metodologías aplicadas, las fuentes empleadas y los casos de estudio enriquecen la historiografía sobre Estados Unidos y Latinoamérica, y abren nuevas líneas para futuras investigaciones.